

25 Años de Pontificado: Un cambio en la marcha de la historia

MERCEDES GORDON*

Se han cumplido los veinticinco años del pontificado del primer Papa eslavo de la historia, que ha conducido con fe firme el timón de la nave de la Iglesia católica hasta el tercer milenio, como le había profetizado su compatriota el cardenal Vyszynski, arzobispo de Varsovia, en el primer abrazo que se dieron en la Capilla Sixtina, cuando comenzaba a salir la “fumata bianca”, esperada ansiosamente por la multitud congregada en la plaza de San Pedro aquel año de los tres Papas. Dios lo ha

querido: 99 cardenales de los 111 electores designaron al cardenal Carolus Wojtyla, de 58 años, arzobispo de Cracovia, como 264 sucesor de san Pedro y primer Papa eslavo de la historia. Desde 1523 no había Papa no italiano. Al saludar desde el balcón central de la Basílica de San Pedro a la multitud con los brazos extendidos, en cruz, como si quisiera abrazarlos y con ellos al mundo entero, Juan Pablo II confesaba humildemente: “he tenido miedo de aceptar este nombramien-

to”, pero enseguida continuó con voz firme, dominando la emoción para lanzar su primer mensaje Urbi et Orbi: “No tengáis miedo. Abrid las puertas a Cristo”.

La televisión mostró un Papa insólito: un hombre de aspecto juvenil, deportivo, fuerte, atractivo, seguro de sí mismo que hablaba un excelente italiano además de otras cinco lenguas, que sustituía el Nos de sus predecesores por el Yo personal, vestía la blanca sotana de los papas, lucía en la muñeca un reloj como cualquiera y había cambiado los zapatos con hebilla por mocasines marrones con los que iba a recorrer el mundo llevando el Evangelio en la mano. Estábamos ante una nueva forma de ser Papa. No iba a seguir el molde italiano, no iba a renunciar a su propia personalidad, a sus orígenes eslavos, a su historia polaca. El obispo de Roma se proponía sobre todo ser pastor, como lo había sido en su diócesis de Cracovia. Su pontificado iba a cambiar la marcha de la historia y la faz de la Iglesia.

Veinticinco años después, Juan Pablo II, con 83 años, herido en atentado, enfermo de Parkinson, con una artrosis que le tiene clavado en la silla, la voz vacilante, pero el espíritu fuerte, recordó ante otra multitud, también reunida en la plaza de San Pedro, las emociones de aquel 16 de octubre de 1978. “En el conclave, Cristo me dijo también a mí, como tiempo atrás a Pedro: Apacienta mis ovejas. Sentí en el alma el eco de la pregunta dirigida entonces a Pedro: ¿Me amas más que éstos? ¿Cómo no podía humanamente hablando, no

temblar? Ha sido necesario recurrir a la divina misericordia para responder con confianza en la obediencia de la fe, ante Cristo mi Señor, confiándome a la Madre de Cristo y de la Iglesia, consciente de la gran dificultad: Acepto” Como veinticinco años antes exclamó: “Abrid, más aún, abrid de par en par las puertas a Cristo. Confíaos a su amor.” Juan Pablo II está convencido de que la naturaleza del hombre y su destino no pueden ser comprendidos en su totalidad si no es a la luz del misterio de la Redención.

El cuarto de siglo del pontificado de Juan Pablo II abarca una etapa muy compleja de la historia de la humanidad. Existen numerosas biografías, artículos, libros sobre el pontificado, libros entrevista y libros escritos por el mismo Wojtyla como poeta, como filósofo, como intelectual católico y como profesor de ética de la Universidad Católica de Lublin. Los documentos de su magisterio pontificio ordinario y extraordinario son numerosos y conocidos: 14 encíclicas, 14 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas, 32 cartas apostólicas y 21 motu proprio. Innumerables homilias y alocuciones en sus viajes, textos catequéticos de las audiencias y de los Ángelus. La documentación resulta ingente. Sabido es su profundo conocimiento y admiración por Dostoyevski, por Max Scheller, por san Juan de la Cruz y por santa Teresa de Ávila. Sabido es que ha seguido la marcha de la filosofía contemporánea. Su atención se ha dirigido al hombre como sujeto consciente y libre. Wojtyla considera que el acto que revela al hombre

como persona, como sujeto y no objeto, es el acto del amor, en su doble aspecto físico y espiritual, abriendo el hombre a la participación con los otros y con la trascendencia divina. Así lo expone en *Amor y responsabilidad*, 1960 y, en *Persona y acto*, 1969.

Esto le otorga una mentalidad moderna y posconciliar. Como ha dicho el cardenal Joseph Ratzinger, en esa mentalidad “lo metafísico, lo místico, lo estético y lo fenomenológico, abren horizontes múltiples ante la situación del hombre moderno, unificados en una sólida fe en Cristo, redentor.” Todo ello le proporciona una gran capacidad de síntesis para ahondar en las raíces de la realidad de la Iglesia de ayer, de hoy y de mañana, superior a muchos de sus coetáneos. Su convencimiento de la capacidad humana para llegar al conocimiento de la verdad y, por tanto, de Dios, de que no hay conflicto entre razón y fe, entre ciencia y fe, queda magistralmente expuesto en la encíclica *Fides et Ratio*, 1998.

Por la innegable elocuencia de los datos, recordamos que ha presidido 142 ceremonias de beatificaciones y 50 de canonizaciones, celebrado 8 consistorios para la creación de doscientos cardenales, convocado 6 reuniones plenarias del Colegio cardenalicio y presidido 15 sínodos de los obispos. Ha realizado 102 viajes internacionales y 144 dentro de Italia, pasando 810 días fuera del Vaticano, el suyo es un pontificado itinerante para acercarse a todos, hablar con todos y conocer a todos. Y esto es sólo una muestra de una

infatigable actividad pastoral que se ha desarrollado con luz, taquígrafos y cámaras de televisión a nivel planetario. No es fácil encontrar a un líder político y religioso que haya hablado con más personalidades, religiosas, políticas, científicas y culturales, especialistas en numerosos temas y con personas comunes que este Papa.

Una Iglesia amiga de todos

Juan Pablo II ha trabajado por una Iglesia revitalizada, reafirmada en su identidad evangélica, apostólica y romana que estrena milenio con un rostro nuevo, después de haber perdonado y pedido perdón, dotada con un programa intenso de evangelización, de diálogo ecuménico e interreligioso. Como nunca en su historia, la Iglesia católica aparece hoy como abanderada de la Paz, profeta de la solidaridad, portavoz de los pobres, defensora de la vida desde su inicio hasta su fin natural, defensora de la familia a la que dedica la Exhortación apostólica *Familiaris Consortio*, 1981, y en 1991 la Carta a las familias. Amiga de los jóvenes. No ha habido Papa que haya entablado lazos tan fuertes con los jóvenes, suyo es el invento de las Jornadas Mundiales de la Juventud, JMJ, y los encuentros clamorosos en estadios, parques o espacios abiertos.

Al situar, como escribe en la *Redemptor Hominis*, 1980, al hombre como camino de la Iglesia, el Papa apuesta por una Iglesia amiga de todos los hombres, de todos, pues mira la raíz común de toda religión

como un misterio y afirma que “Cristo tiene sus caminos para llegar a cada uno”, lo que no significa que haya que abandonar el impulso misionero, sino al contrario, reforzarlo porque “la Iglesia es misión”, dice en la encíclica *Redemptoris Missio*, 1990. El pluralismo es el respeto a todos en el convencimiento de la identidad de uno mismo, pero el relativismo considera todo por el mismo rasero, es el todo vale y, por tanto, da la espalda a la Verdad, viene a decirnos en *Veritatis Splendor*, 1993.

Al comenzar el nuevo milenio, el tejido de la Iglesia, como demuestran las estadísticas de la Santa Sede, se ha extendido y consolidado: tiene 4.650 obispos, 25% más que en 1978. La Santa Sede mantiene relaciones diplomáticas con 174 Estados, cifra muy superior a la de 1978. En la actualidad, la Iglesia católica es una realidad en lento pero constante crecimiento. Los católicos en el mundo han pasado de 756 millones en 1978 a los mil millones y 60 millones actuales. Crece en África y en América del Sur y del Norte, mientras Europa está estancada como número de católicos pero disminuye el porcentaje respecto al número de habitantes, del 35% en el 78 al 26 % por el descenso de la natalidad, la secularización y las migraciones. En Asia y África aumentan los sacerdotes, mientras bajan en Europa, aunque la mitad de los sacerdotes del mundo son europeos. “En un mundo como el nuestro tan expuesto a tentaciones que alejan al hombre del misterio de Dios, el sacerdote debe enseñar a los hombres que Dios los ama infinitamente y los espera siempre”, les dijo en el Jubileo sacerdotal del 2000.

Los laicos, sin embargo, son la savia nueva de la Iglesia que Juan Pablo II alienta. Ha promocionado los movimientos laicales y sus diversos carismas, riqueza inmensa para la Iglesia en el nuevo milenio. *Christifidelis Laici*, 1988.

El pueblo católico ama a este Papa carismático, que está cerca, le visita, le habla al corazón, le dice la verdad por exigente que sea, le muestra el camino: Cristo. Se entienden. Persisten, sin duda, añejas disidencias residuales, obsesivas e injustas, como acusarle de falta de diálogo, de marginar a la mujer, de no progresar en cuestiones morales (contracepción, celibato, aborto, homosexuales, divorciados, manipulación de embriones) ¿Acaso puede el Papa cambiar la moral del evangelio? ¿Acaso puede esconder la Verdad? En la encíclica *Veritatis Splendor*, 1991, da luz sobre estas cuestiones morales. Cristo fue exigente. Lo que puede hacer y ha hecho —ver el nuevo catecismo— es enfocar todos los problemas morales con y desde la caridad, cosa que tal vez no sucedía siempre. Juan Pablo II es el Papa de la misericordia, la reconciliación, el perdón. Resulta necesario en este aspecto leer la *Exhortación apostólica Reconciliatio et Paenitentia*, 1984.

Juan Pablo II ha profundizado como ninguno de sus predecesores sobre la teología del cuerpo y deja una doctrina audaz sobre la sexualidad y el acto conyugal que participa del misterio trinitario, además de la divina potencia creadora de la vida.

Es quien mejor ha entendido y defendido la dignidad y el puesto de

la mujer en la vida, o sea “el genio de la mujer” a la que ha dedicado un Carta Mulieris dignitatem, 1988, recibida con entusiasmo, pero aún poco estudiada. Para el Papa, Dios ha confiado a la mujer de forma especial el hombre, el ser humano. Con su fuerza moral y espiritual la mujer está llamada a evitar la gran amenaza de la deshumanización que conlleva el capitalismo rabioso, el secularismo, el consumismo, el materialismo de las sociedades occidentales.

Europa y el Islam son dos grandes preocupaciones actuales del Papa. Juan Pablo II considera que no habrá futuro para el cristianismo en el Sur si la Iglesia pierde Europa a la que ha dedicado este mismo año la exhortación apostólica Ecclesia in Europa, 2003. Está convencido de que el viejo continente y el cristianismo europeo tienen una misión importante: evangelizar el mundo, promover la solidaridad y la paz. Están en juego los valores éticos que fundamentan los derechos humanos y la dignidad de la persona. El Papa conoce la potencia de las fuerzas antievangelizadoras, que tienen medios y programas contra el Evangelio. Por ello urge a la “refundación de la cultura europea,” asentada en las raíces cristianas de su historia. Pero, conocemos cómo desde su nacimiento la Iglesia ha mantenido y mantiene una lucha agónica que forma parte de su existencia.

Hace 25 años

Una mirada retrospectiva nos muestra las oscuras realidades del

último cuarto del siglo XX, cuando el cardenal Wojtyla se incorporó al cónclave. La humanidad estaba sometida a las tensiones de la guerra fría, al miedo de un estallido nuclear, se encontraba dividida en bloques antagónicos: marxismo/capitalismo. Muchos pueblos eran víctimas de dictaduras totalitarias y de dictaduras militares. Un tercer mundo de naciones pobres no alineadas se había configurado, con sensibilidad hacia el socialismo real. El ser humano era despreciado en gran parte del mundo. Las libertades, los derechos humanos, la libertad de expresión y la libertad religiosa eran pisoteadas. El derecho a la vida era suprimido con la despenalización del aborto. Occidente se hundía en un secularismo rabioso, infiltrado en la Iglesia posconciliar desorientada y dividida entre “progresistas” y “conservadores”, etiquetas ajenas al Evangelio. El magisterio del Vaticano II era secuestrado por los que enarbolaban el llamado “espíritu” de un concilio que consideraban superado y urgían una democratización de la jerarquía eclesial, mientras otros querían volver a un catolicismo de antes del concilio.

A la muerte de Pablo VI y de Juan Pablo I, Time diagnosticaba “The Church in Shock.” En efecto, la desertión de muchos sacerdotes, la disminución de las vocaciones, la contestación a la autoridad y una cierta tendencia a imitar el protestantismo con pérdida de la verdadera identidad católica en la moral, la liturgia, e incluso en las estructuras, resultaban alarmantes para la Santa Sede, donde confirmaban la sensación de que “la

recepción del Concilio no había sido realizada en muchos países a través de los obispos, sino de los periodistas”, como señala Andrea Riccardi, historiador del cristianismo contemporáneo, en su imprescindible obra *Governo Carismático: 25 años de pontificado*.

Por otra parte, la revolución del 68 había “divinizado” al sujeto y su libertad. Una desatada libertad sexual abrió la crisis de la familia. La Iglesia no se ahorró el envite. Coincidiendo con ese mítico 68, en Medellín se afirmaba una corriente teológica apellidada de la liberación, surgida entre teólogos europeos y que, abonada por la radical miseria de los pueblos iberoamericanos y el terrorismo de Estado practicado por las dictaduras militares, se extendía como mancha de aceite. Una teología que se basaba más en el análisis marxista que en Cristo y su evangelio y daba espacio a la lucha de clases y a la lucha armada.

¿La línea del Papa? Esa línea es la fe

El cardenal Wojtyla, arzobispo de Cracovia, conocía muy bien la situación general del mundo y de la Iglesia. Había viajado por Occidente, vivía en un país bajo la horma marxista del ateísmo oficial y el paraíso del proletariado. Sabía lo que era extirpar a Dios de la sociedad y del corazón del hombre. Tenía la respuesta.

¿Qué podía hacer el nuevo Papa?
¿Abriría un diálogo con el mundo ateo y hostil al mensaje de Cristo,

como sugerían unos, con el riesgo que suponía para una Iglesia secularizada y sin defensas? ¿Encerraría a la Iglesia aislándola en una fortaleza como querían otros? Juan Pablo II era tenido en Roma, entre los cardenales, como hombre del concilio. El joven arzobispo de Cracovia había sido el “constructor doctrinal” de la constitución *Gaudium et Spes*. Quería ser y ha sido el Papa del Concilio. No ha ahorrado esfuerzos para aplicar la doctrina del Vaticano II y cumplir sus mandatos. La proclamación del nuevo Código de Derecho Canónico, 1983, y del nuevo Catecismo, 1992, llevan su firma. Incluso convocó un Sínodo extraordinario en 1985 para celebrar los 25 años del Concilio y asentar su doctrina.

Entonces, ¿qué ha hecho? Reforzar a la Iglesia en su auténtica identidad cristiana, evangélica, católica, apostólica, confirmándola en la fe. O sea, cumplir su misión: “Apacienta mis ovejas.” Sólo así la Iglesia está en condiciones de abrir el diálogo con el mundo. A quienes le consideraban un restaurador y a quienes le han tachado de anticonformista o preguntaban: “¿pero, qué línea sigue?”, ha dado respuesta:

La línea del Papa: esa línea es la fe. Juan Pablo II es un creyente de una pieza. Es un hombre de oración. Dedicar horas a la oración. No toma decisiones sin orar ante el sagrario. Pocas cosas más impresionantes que verle sumergido en Dios, orando en su capilla privada, su persona trasmite en esos momentos el misterio de la comunicación con el Señor. Para Juan Pablo II la fe es la

respuesta a las exigencias de la razón, como afirma y explica en la encíclica *Fides et Ratio*, 1998. En la mejor tradición de la Iglesia católica, el Papa ha valorado el testimonio de los mártires del siglo XX que bajo circunstancias diferentes, en distintos países, pero siempre por hostilidad a la fe en Cristo, han dado la vida por Él.

En este registro doctrinal se encuentra la trilogía de sus encíclicas dedicadas a la Santísima Trinidad: *Redemptor hominis*, 1979; *Dives in Misericordia*, 1980, y *Dominun et Vivificantem*, 1986. Constituyen la base doctrinal del magisterio de su pontificado y al mismo tiempo su gran aportación: el misterio del hombre, el enigma antropológico sólo halla su radicalidad frente a un Dios Trinidad, solidariamente presente en la historia de la humanidad mediante la encarnación de Jesús.

Su fe en Jesús es la raíz de su devoción a María. “Es Cristológica”, me respondió a la pregunta sobre esa dimensión mariana de su vida y el “Totus Tuus” de su escudo episcopal y pontificio, al preguntarle a bordo del avión que le llevó por primera vez a Fátima, después del atentado.

Es un Papa mariano: un año santo 1988, una encíclica, la *Redemptoris Mater*, 1987. “La he escrito con el corazón” siguiendo la línea del Vaticano II para resaltar la presencia especial de la madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia. No hay alocución, homilía, ni mensaje, ni encíclica que no concluya con la advocación a la Madre de Dios. Y al comienzo del 2002, dio al mundo la

hermosa carta apostólica *Rosarium virginis Mariae*.

La caída del muro

En este pontificado hay momentos estelares, acontecimientos formidables, cosas entrañables, pero no es posible hablar de todo aquí. Escogeré algunos eventos de los que he sido testigo. Uno, la caída del comunismo en 1989 sobre la que el mismo Mijail Gorbachov ha dicho: “Lo que ha sucedido en Europa Oriental hubiera sido imposible sin el impulso del Papa y sin el singular papel, incluso político, desarrollado por él en la escena mundial.”

El primero de sus 5 viajes a Polonia (junio 1979) fue un terremoto que asustó al Kremlin. En un país sometido al ateísmo marxista, Juan Pablo II afirmaba: “He venido a hablar de Dios. La exclusión de Dios de la historia del hombre es un acto contra el hombre.” Y la Tass telegrafaba: “Es un Papa subversivo.”

Sin lucha armada, sin que se derramara más sangre que la del mismo Papa, el 13 de mayo del 81, festividad de la Virgen de Fátima, en la plaza de San Pedro, víctima del atentado ejecutado por Ali Agca, providencialmente frustrado, los pueblos del Este de Europa, encerrados por los acuerdos de Yalta en el Kremlin, fueron recuperando memoria histórica, identidad, libertad, derechos humanos, dignidad y conciencia nacional.

A estos acontecimientos responden las encíclicas *Laborem Exercens*,

1981, Sollicitudo Rei Socialis, 1987, y Centesimus Annus, 1991. En ellas brilla con nueva luz la renovada doctrina social de la Iglesia aplicada al mundo laboral, económico, social y político de los tiempos nuevos. Su firme condena del comunismo nunca ha atenuado el juicio crítico que siempre ha expresado Juan Pablo II sobre Occidente víctima del materialismo, del capitalismo salvaje, del consumismo, del secularismo. Desde la caída del muro ha trabajado por un orden nuevo entre las naciones basado en la justicia y la solidaridad. Tema al que ha dedicado los mensajes anuales al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede.

En aquel contexto, comunismo /marxismo, hay que entender también la clarificación sobre la teología de la liberación. Eran años en que los iberoamericanos acuñaron esta elocuente frase: “aquí los católicos quieren que pertenezcamos a Rusia y los protestantes quieren que pertenezcamos a los Estados Unidos.”

Juan Pablo II fue a México, 1979, y en Puebla, ante la Conferencia Episcopal Latino Americana, CELAM, explicó que “el Evangelio es siempre el Evangelio de los pobres”, denunció “los riesgos de someterse a una ideología” y “la inconveniencia de hacer relecturas marxistas del Evangelio”. El cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la congregación para la Doctrina de la fe, realizó posteriormente la tarea de dialogar con los teólogos yendo a verlos, y redactó dos documentos doctrinales decisivos para atajar las desviaciones

y reafirmar contundentemente que la Iglesia está con los pobres.

Desde hace años, Juan Pablo II potencia la diplomacia humanitaria de la Santa Sede y su ayuda generosa. El cardenal Etchegaray es su mensajero al mundo del dolor, la guerra, el hambre y la necesidad. Y pide a las naciones opulentas que compartan con el tercer mundo las riquezas que Dios ha dado para todos. Juan Pablo II afirmaba, antes y después de 1989, que el futuro del hombre no puede ser ni Moscú ni Washington. La caída del muro puede considerarse como la victoria del método cristiano de cambio político, sin violencia pero sin resignarse a la opresión, aplicado también en Filipinas, en Chile, en Argentina y en otros países, etc. Pero a la Santa Sede no le agrada un mundo de un solo imperio.

La paz, la única solución

Otro momento estelar ha sido la postura firme tomada por Juan Pablo II ante todas las naciones a favor de la Paz, tras la pesadilla del ataque a las Torres gemelas de Nueva York, en 2001. En 2002 ante el ataque a Irak y anteriormente, en 1991, ante la guerra del Golfo.

“La guerra es una ofensa a Dios y al hombre”, ha repetido incansablemente en numerosas ocasiones de conflictos bélicos, sea África, Oriente Medio o los Balcanes.

Durante 25 años viene abriendo el año con un Mensaje de Paz. “La paz no es sólo ausencia de guerra, quiere

decir respeto de los derechos humanos, de la libertad religiosa, de la vida en todas sus formas y en todo momento.” La paz es el fruto de la Justicia.

El 11 de septiembre de 2001, se encontraba en Castelgandolfo. “La jornada de ayer es un día negro en la historia de la humanidad, una terrible afrenta a la dignidad del hombre”, se apresuró a comunicar. Volvió a repetir lo ya dicho cuando la guerra del Golfo en 1991 y ante la espiral de la violencia en Oriente Medio o el terrorismo del Ira o de Eta o de cualquier grupo islámico: “Nunca la violencia puede conducir a verdaderas soluciones de los problemas de la humanidad.” Y recientemente, tras los atentados de Al Qaeda en Estambul, reafirmaba: “La lógica bárbara del terrorismo causa sólo la muerte de inocentes y la destrucción. El terrorismo agrava lo que quiere resolver. Esas acciones violentas se basan en el desprecio del hombre; por eso es un crimen contra la humanidad, sobre todo cuando se convierte en estrategia política.”

Al día siguiente del atentado contra las Torres Gemelas, llamó al embajador de los Estados Unidos, James Nicholson, para decirle que esperaba un diálogo realista que facilitase a las partes comprometidas en Oriente Medio una vía capaz de proporcionar seguridad y justicia.

En ese mes de alta tensión internacional, durante su viaje a Kazastán, país ex soviético de mayoría musulmana, exclamaba: “el odio, el fanatismo y el terrorismo

profanan el nombre de Dios”. Y reafirmaba el respeto de la Iglesia católica por el Islam, el auténtico Islam. Ya en 1985, huésped de Hassan II, se había dirigido a miles de jóvenes musulmanes en el estadio de Casablanca para invitarles a dar testimonio de fe sobre Dios, el hombre y el respeto del otro y de sus diferencias. Desde el estadio se alzó al cielo un Padre nuestro impresionante rezado por el Papa y los jóvenes. Su visita a la mezquita de los Omeyas, en Damasco en 2001, marca otro momento de encuentro. “La guerra no es una fatalidad, es siempre un fracaso de la humanidad”, decía en Tierra Santa. Desde las alturas del Golan, en el 2002, exclamaba: “Es hora de volver al principio de legalidad internacional, la diplomacia, el diálogo entre Estados y la solidaridad”.

En este pontificado la oración por la paz es un leitmotiv. “La paz es un don de Dios, pidámosla.” Ya en 1986, en un momento difícil de tensiones por la cuestión de los misiles pershing y cruise y el peligro nuclear, además de varias estrategias diplomáticas, como cartas, enviados especiales y llamadas personales a los líderes mundiales, tuvo la genial iniciativa de convocar en Asís a los líderes de todas las religiones para rezar juntos por la paz. El acontecimiento fue realmente extraordinario. Anglicanos, ortodoxos, católicos, judíos, musulmanes, budistas, sintoístas, líderes de las religiones africanas... acudieron y rezaron por la paz.

Juan Pablo II, contento, exclamó: “La Iglesia católica nada rechaza de lo que hay de bueno en estas

religiones.” Y añadió “no minimicemos el valor único de la plegaría por la paz... Ni olvidemos la unidad que proviene del hecho de que todo hombre es capaz de rezar, es decir, de someterse totalmente a Dios, reconociéndose pobre ante Él.”

Marcó un hito la jornada de Asís, repetida en los días de angustia por las amenazas de guerra del 2002: “La violencia es para todos camino de muerte y destrucción”.

El sueño de la Unidad

Ese “rezar juntos” es una vocación ecuménica clarísima. Para Juan Pablo II, el diálogo interreligioso es irreversible. Tras las huellas del Concilio, el Papa ha trabajado denodadamente por la unidad de los cristianos, la alianza entre las tres religiones monoteístas y el entendimiento con los jefes de todas las religiones del mundo.

“El pecado de la separación entre cristianos es gravísimo”, asegura el Papa de la encíclica *Ut unum sint*, 1995, en la que dedica amplio espacio al “ministerio de la unidad del obispo de Roma”. En Moravia, al canonizar a un mártir de las guerras de religión habló así: “Yo, Papa de la Iglesia de Roma, pido perdón en nombre de todos los católicos por los daños infligidos a los no católicos a lo largo de la historia”. Vuelve a pedir perdón en 2001, en Atenas, a la Iglesia Ortodoxa griega, una de las más resistentes junto a la Iglesia Ortodoxa rusa. En el 2000 pide perdón en Jerusalén por las ofensas de los cristianos a los judíos, los “hermanos mayores” en la fe de un

Dios único. Elio Toaff, rabino jefe de Roma afirmaba tras la visita del Papa a la sinagoga, 1986: “Ha cerrado definitivamente dos mil años de incomprendimientos, de incomunicación, de sufrimiento”. En efecto, Juan Pablo II ha reconocido el Estado de Israel y ha defendido la creación del Estado Palestino, porque ambos pueblos tienen derecho a una patria.

También ha pedido perdón por las miserias de la historia de occidente, por la esclavitud, por la violencia de los europeos, por la Inquisición. “Purifiquemos la memoria, no busquemos quién se ha equivocado y quién tiene la razón, perdonemos y pidamos perdón”. Reconciliémonos, insiste al comienzo del nuevo milenio al que ha dedicado dos Cartas apostólicas. Tertio millenio adveniente, 1994, como preparación del Gran Jubileo del 2000 que tantas gracias derramó sobre la Iglesia y el mundo. Y Novo millenio ineunte, 2000, en el que lanza a la Iglesia a mirar con confianza el futuro, a evangelizar, a crear cultura, a remar mar adentro, aunque surjan tempestades, que surgirán, porque Cristo, el Señor, es el mismo ayer, hoy y siempre.